

La aversion que V. logró inspirarme distaba mucho de aquella suave amistad que une las almas para hacerlas felices.... Tal vez V. me acusará de liviandad; pero puede ser que mañana hubiera V. sido verdaderamente infeliz, si yo fuese menos honesta.

D. ENRIQUE.

Dice bien, y V. debe agradecerla el honor que conserva y la tranquilidad de que puede gozar en adelante.

D. MANUEL, acercándose á don Gregorio.

Esto pide resignacion, hermano.... Tú has tenido la culpa, es necesario que te conformes.

D.^a. LEONOR.

Y hará muy mal en no conformarse; porque ni hay otro remedio á lo su cedido, ni hallará ninguno que le tenga lástima.

JULIANA.

Y conocerá que á las mugeres no se las encadena, ni se las enjaula, ni se las enamora á fuerza de tratarlas mal. ¡ Hombre mas tonto!

COSME, hablando con Juliana.

Y en verdad que se ha escapado como en una tabla. Bien puede estar contento.

D. GREGORIO.

(No dirige á nadie sus palabras, habla como si estuviera solo, y va aumentándose sucesivamente la energia de su es, presion.)

No, yo no acabo de salir de la admiracion en que estoy... Una astucia tan infernal confunde mi entendimiento; ni es posible que Satanás en persona sea capaz de mayor perfidia que la de esa maldita muger... Yo hubiera puesto por ella las manos en el fuego, y.... Ah! desdichado del que á vista de lo que á mi me sucede se

fie de ninguna! La mejor es un abismo de malicias y picardias: sexo engañoso, destinado á ser el tormento y la desesperacion de los hombres... Para siempre le detesto y le maldigo, y le doy al demonio si quiere llevárselo.

(Sacando la llave de su puerta, se encamina furioso hácia ella. Don Manuel quiere contenerle, él le aparta, entra en su casa, y cierra por dentro.)

D. MANUEL.

No dice bien... Las mugeres, dirigidas por otros principios que los suyos, son el consuelo, la delicia y el honor del género humano... Con que, señor Comisario, acepto el depósito, y mañana sin falta se celebrará la boda.

D.^a. ROSA.

¿La mia no mas?

D. MANUEL.

Si tu hermana me perdona una breve sospecha con tanta dificultad creida, no seria don Enrique el solo dichoso; yo tambien pudiera serlo.

D.^a. LEONOR.

Hoy es dia de perdonar.

D.^a. ROSA.

Si, bien merece tu perdon y tu mano el que supo darte una educacion tan contraria á la que yo recibí.

D.^a. LEONOR.

Con su prudencia y su bondad se hizo dueño de mi corazon, y bien sabe que mientras yo viva es prenda suya.

D. MANUEL.

¡Querida Leonor!

(Se abrazan don Manuel y doña Leonor.)

JULIANA.

¡Escelente leccion para los maridos, si quieren estudiarla!

El Médico á palos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Agdo. 1925 NOVIEMBRE, MEXICO

El Médico á palos.

PERSONAS.

DON GERONIMO.
DOÑA PAULA.

LEANDRO.
ANDREA.

BARTOLO.
MARTINA.

GINÉS.
LUCAS.

La escena representa en el primer acto un bosque, y en los dos siguientes una sala de casa particular, con puerta en el foro, y otras dos en los lados.

La accion empieza á las once de la mañana, y se acaba á las cuatro de la tarde.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

BARTOLO, MARTINA.

BARTOLO.

¡Válgate Dios y que durillo está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se parte... (Corta leña de un árbol inmediato al foro: deja despues el hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y estabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.) ¡Mucho trabajo es este!.... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo, y me rindo, y no puedo mas.... Dejémoslo y será lo mejor, que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarillo, que esta triste vida otro la ha de heredar.... Allí viene mi muger. ¿Qué traerá de bueno?

MARTINA, saliendo por el lado derecho del teatro.

Holgazan, ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña

y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio dia?

BARTOLO.

Anda, que si no es hoy será mañana.

MARTINA.

Mira que respuesta.

BARTOLO.

Perdóname, muger. Estoy cansado, y me senté un rato á fumar un cigarro.

MARTINA.

¡Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

BARTOLO.

Poco á poco, muger, si acabo de sentarme.

MARTINA.

Levántate.

BARTOLO.

Ahora no quiero, dulce esposa.

MARTINA.

¡Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones! ¡Desdichada de mí!

BARTOLO.

Ay! qué trabajo es tener muger! Bien dice Séneca que la mejor es peor que un demonio.

MARTINA.

Miren que hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca.

BARTOLO.

¿Si soy hábil? A ver, á ver, búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que haya estudiado el *quis vel qui, quæ, quod vel quid*, y mas adelante, como yo lo estudié.

MARTINA.

Mal haya la hora en que me casé contigo.

BARTOLO.

Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

MARTINA.

Haragan, borracho.

BARTOLO.

Esposa, vamos poco á poco.

MARTINA.

Yo te haré cumplir con tu obligación.

BARTOLO.

Mira, muger, que me vas enfadando.

(*Se levanta despezándose encaminase hácia el foro, coge un palo del suelo y vuelve.*)

MARTINA.

¿Y que cuidado se me da á mi, insolente?

BARTOLO.

Mira que te he de cascar, Martina.

MARTINA.

Cuba de vino.

BARTOLO.

Mira que te he de solfear las espaldas.

MARTINA.

Infame.

BARTOLO.

Mira que te he de romper la cabeza.

MARTINA.

¿A mí? Bribon, tunante, canalla, ¿á mí?

BARTOLO, dando de palos á Martina.

¿Sí? Pues toma.

MARTINA.

Ay! ay! ay! ay!

BARTOLO.

Este es el único medio de que calles.... Vaya, hagamos la paz. Dame esa mano.

MARTINA.

¿Después de haberme puesto así?

BARTOLO.

¿No quieres? Si eso no ha sido nada. Vamos.

MARTINA.

No quiero.

BARTOLO.

Vamos, hijita.

MARTINA.

No quiero, no.

BARTOLO.

Mal hayan mis manos que han sido causa de enfadar á mi esposa... Vaya, ven, dame un abrazo.

(*Tira el palo á un lado y la abraza.*)

MARTINA.

¡Si reyentaras!

BARTOLO.

Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos no valen nada... Voy hácia el barranquero, que ya tengo allí una porción de raíces, haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos á Miraflores. (*Hace que se va y vuelve.*) Oyes, y dentro de poco hay feria en Buitrago: si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo,

y me quieres mucho, te he de comprar una peineta de concha con sus piedra azules.

(*Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.*)

MARTINA.

Anda, que tú me las pagarás.... Verdad es que á una muger no le pueden faltar medios para vengarse de su marido; pero no me satisface cualquier castigo, yo quisiera uno que él sintiera de veras.

ESCENA II.

MARTINA, GINÉS, LUCAS.

(*Salen por la izquierda.*)

LUCAS.

Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... Y no sé yo todavía que regalo tendremos por este trabajo.

GINÉS.

¿Qué quieres, amigo Lucas? Es fuerza obedecer á nuestro amo; además, que la salud de su hija á todos nos interesa.... Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

LUCAS.

Pero hombre, fuerte cosa es que los médicos que han venido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

GINÉS.

Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es el que necesitamos.

MARTINA, aparte.

¡Que no pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!

LUCAS.

Veremos si este médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivoocado la senda...

MARTINA, aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.

(Pues ello es preciso, que los golpes que acaba de darme los tengo en el corazon. No puedo olvidarlos).... Pero, señores, perdonen Vds., que no los habia visto porque estaba distraida.

LUCAS.

¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

MARTINA.

Si señor. (*Señalando adentro por el lado derecho.*) ¿Ve V. aquellas tapias caidas junto á aquel nogueron? Pues todo derecho.

GINÉS.

¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y examinador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

MARTINA.

Ay! si señor. Curaba en griego, pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

GINÉS.

¿Qué dice V.?

MARTINA.

Lo que V. oye. ¿Y para quien le iban Vds. á buscar?

LUCAS.

Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

MARTINA.

Ah! sí. La hija de don Gerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

LUCAS.

¿Qué sé yo? Un mal que nadie le entiende, del cual ha venido á perder el habla.

MARTINA.

¡Que lástima! Pues... (*Aparte, con espresion de complacencia.*) ¡Ay que idea me ocurre!) Pues mire V., aquí

tenemos el hombre mas sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

GINÉS.
¿De veras?

MARTINA.
Sí señor.

LÚCAS.
¿Y en donde le podemos encontrar?

MARTINA.
Cortando leña en ese monte.

GINÉS.
Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

MARTINA.
No señor. Es un hombre estravagante y lunático, va vestido como un pobre patán, hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

GINÉS.
Cierto que es cosa admirable que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura mezclada con su ciencia.

MARTINA.
La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad á menos que no le muelan el cuerpo á palos; y así les aviso á Vds. que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

GINÉS.
¡Que estraña locura!

LÚCAS.
¿Habrás visto hombre mas original?

GINÉS.
¿Y como se llama?

MARTINA.
Don Bartolo. Fácilmente le conocerán Vds. Él es un hombre de corta estatura, morenillo, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrero redondo.

LÚCAS.
No se me despintará, no.
GINÉS.
¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles?

MARTINA.
¿Curas dice V.? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre muger, ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle por donde pasaba el entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre cantando el *frondoso*.

GINÉS.
¿Es posible?

MARTINA.
Como que yo lo vi. Mire V., aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues señor, llamaron á don Bartolo, él que no queria ir allá; pero mediante una buena paliza lograron que fuese. Sacó un cierto ungüento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fue untando, untando al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pie, y se fue corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

LÚCAS.
Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos á buscarle.

MARTINA.
Pero sobre todo, acuérdense Vds. de la advertencia de los garrotazos.

GINÉS.
Ya, ya estamos en eso.

MARTINA.
Allí debajo de aquel árbol hallarán Vds. cuantas estacas necesiten.

LÚCAS.
Si? Voy por un par de ellas.
(*Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, va hácia el foro y coge otro, vuelve, y se le da á Ginés.*)

GINÉS.
¡Fuerte cosa es que haya de ser preciso valerse de este medio!

MARTINA.
Y sino, todo será inútil. (*Hace que se va, y vuelve.*) Ah! otra cosa. Cuiden Vds. de que no se les escape, porque corre como un gamo; y si les coge á Vds. la delantera, no le vuelven á ver en su vida. (*Mirando hácia dentro á la parte del foro.*) Pero me parece que viene. Si, aquel es. Yo me voy, hablesle Vds., y si no quiere hacer bondad, menudito en él. A Dios, señores.

ESCENA III.

GINÉS, LUCAS.

LÚCAS.
Fortuna ha sido haber hallado á esta muger. Pero ¿no ves que traza de médico aquella?

(*Los dos miran hácia el foro.*)

GINÉS.
Ya lo veo... Mira, retirémoslo uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

Sí.

GINÉS.
Y solo en el caso de que absolutamente sea preciso...

LÚCAS.
Bien... Entonces me haces una señal, y le ponemos como nuevo.

GINÉS.
Pues apartémoslo, que ya llega.
(*Ocúltanse á los dos lados del teatro.*)

ESCENA IV.

GINÉS, LUCAS, BARTOLO.

(*Sale del monte con el hacha y las alforjas al hombro, cantando; siéntase en el suelo en medio del teatro, y saca de las alforjas una bota.*)

BARTOLO.

En el alcázar de Vénus,
Junto al dios de los planetas,
En la gran Constantinopla,
Allá en la casa de Meca,
Donde el gran Sultan Bajá
Imperio de tantas fuerzas,
Aquel alcoran que todos
Le pagan tributo en perlas;
Rey de setenta y tres reyes,
De siete imperios... (*Bebe.*)
De siete imperios cabeza:
Este tal tiene una hija
Que es del imperio heredera.

(*Vuelve á beber, va á poner la bota al lado por donde salió Lúcas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesia. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va á ponerla al otro lado á tiempo que sale Ginés haciendo lo mismo que Lúcas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.*)

Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... Calle! Otro zángano. ¿Qué demonios es esto? En todo caso la guardaremos y la arroparemos; porque no tienen cara de hacer cosa buena.

GINÉS.
¿Es V. un caballero que se llama el señor don Bartolo?

BARTOLO.
¿Y qué?

GINÉS.
¿Que si se llama V. don Bartolo?

BARTOLO.
Nó, y sí, conforme lo que Vds. quieran.

GINÉS.
Queremos hacerle á V. cuantos obsequios sean posibles.

BARTOLO.
Si así es, yo me llamo don Bartolo. *(Quitase el sombrero y le deja á un lado.)*

LÚCAS.
Pues con toda cortesía...

GINÉS.
Y con la mayor reverencia...

LÚCAS.
Con todo cariño, suavidad y dulzura...

GINÉS.
Y con todo respeto, y con la veneración mas humilde...

BARTOLO, *aparte.*
Parecen arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

GINÉS.
Pues señor, venimos á implorar su auxilio de V. para una cosa muy importante.

BARTOLO.
¿Y qué pretenden Vds.? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

GINÉS.
Favor que V. nos hace... Pero cúbrase V., que el sol le incomodará.

LÚCAS.
Vaya, señor, cúbrase V.

BARTOLO.
Vaya, señores, ya estoy cubierto... *(Pónese el sombrero, y los otros también.)* ¿Y ahora?

GINÉS.
No estrañe V. que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados, y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de V., y de su...

BARTOLO.
Es verdad, como que soy el hombre que se conoce para cortar leña.

LÚCAS.
Señor...

BARTOLO.
Si ha de ser de encina, no la daré menos de á dos reales la carga.

GINÉS.
Ahora no tratamos de eso.

BARTOLO.
La de pino la daré mas barata. La de raíces, mire V...

GINÉS.
Oh! señor, eso es burlarse.

LÚCAS.
Suplico á V. que hable de otro modo.

BARTOLO.
Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me esplico.

GINÉS.
¡Un sugeto como V. ha de ocupar-se en ejercicios tan groseros! Un hombre tan sabio, tan insigne médico, ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

BARTOLO.
¿Quien, yo?

GINÉS.
Usted, no hay que negarlo.

BARTOLO.
Usted será el médico y toda su generación, que yo en mi vida lo he sido. *(Aparte. Borrachos están.)*

LÚCAS.
¿Para qué es escusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

BARTOLO.
Pero, en suma, ¿quien soy yo?

GINÉS.
Quien? Un gran médico.

BARTOLO.
¡Que disparate! *(Aparte. ¿No digo que están bebidos?)*

GINÉS.
Con que vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

BARTOLO.
Vengan Vds. como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

LÚCAS.
Al cabo me parece que será necesario... *(Mirando á Ginés.)* Eh?

GINÉS.
Yo creo que sí.

LÚCAS.
En fin, amigo don Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

GINÉS.
Mire V. que se lo decimos por su bien.

LÚCAS.
Confiese V., con mil demonios, que es médico, y acabemos.

BARTOLO, *impaciente.*
¡Yo rabio!

GINÉS.
¿Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

BARTOLO.
Pues digo á Vds. que no soy médico. *(Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban, y se le acercan, disponiéndose para apalearle.)*

GINÉS.
No?

BARTOLO.
No señor.

LÚCAS.
¿Con que no?

BARTOLO.
El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

GINÉS.
Pues amigo, con su buena licencia de V., tendremos que valernos del remedio consabido... Lúcas.

LÚCAS.
Ya, ya.

BARTOLO.
¿Y que remedio dice V.?

LÚCAS.
Este. *(Danle de palos, cogiéndole siempre las vueltas para que no se escape.)*

BARTOLO.
Ay! ay! ay!... *(Quitándose el sombrero.)* Basta, que yo soy médico, y todo lo que Vds. quieran.

GINÉS.
Pues bien, ¿para qué nos obliga V. á esta violencia?

LÚCAS.
¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

BARTOLO.
El trabajo es para mí que los llevo... Pero señores, vamos claros. ¿Qué es esto? ¿es una humorada, ó están Vds. locos?

LÚCAS.
¿Aun no confiesa V. que es doctor en medicina?

BARTOLO.
No señor, no lo soy. Ya está dicho.

GINÉS.
¿Con que no es V. médico?... Lúcas.

LÚCAS.
¿Con que no? *(Vuelven á darle de palos.)* Eh?

BARTOLO.
Ay! ay! ¡Pobre de mí! *(Pónese de rodillas juntando las manos, en ademán de suplica.)*

man de súplica.) Sí que soy médico. Si señor.

LÚCAS.
¿De veras?

BARTOLO.
Si señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albeitar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

GINÉS.
Me alegro de verle á V. tan razonable.
(Levántale cariñosamente entre los dos.)

LÚCAS.
Ahora sí que parece V. hombre de juicio.

BARTOLO.
(Ap. ¡Maldita sea vuestra alma!...)
¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

GINÉS.
No hay que arrepentirse. A V. se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

BARTOLO.
Pero, hablando ahora en paz, ¿es cierto que soy médico?

GINÉS.
Certísimo.

BARTOLO.
Seguro?

GINÉS.
Sin duda ninguna.

BARTOLO.
Pues lléveme el diablo si yo sabia tal cosa.

GINÉS.
¿Pues cómo, siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce?

BARTOLO, riéndose.
Ah! ah! ah!

GINÉS.
Un médico que ha curado no sé cuantas enfermedades mortales.

BARTOLO, con ironía.
¡Válgame Dios!

LÚCAS.
Una muger que estaba ya enterada...

GINÉS.
Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

BARTOLO.
¿Tambien le curé?

LÚCAS.
Tambien.

GINÉS.
Con que buen ánimo, señor doctor. Se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. V. estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de rey, y le traerán en palmitas.

BARTOLO.
¿Me traerán en palmitas?

LÚCAS.
Si señor, y acabada la curacion le darán á V. qué sé yo cuanto dinero.

BARTOLO.
Pues señor, vamos allá. ¿En palmitas y qué sé yo cuanto dinero?... Vamos allá.

GINÉS.
Recógele todos esos muebles, y vamos.

BARTOLO.
No, poco á poco. *(Lucas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.)* La bota conmigo.

GINÉS.
Pero señor, ¡un doctor en medicina con bota!

BARTOLO.
No importa, venga... Me darán bien de comer y de beber... *(Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Despues con ellos.)* La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico, me volverán á sacudir el bulto; y si lo soy, me le

sacudirán tambien.... Pero díganme Vds., ¿les parece que este traje rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

GINÉS.
No hay que afligirse. Antes de presentarle á V., le vestiremos con mucha decencia.

BARTOLO, aparte.
Si á lo menos pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabras que les decia mi amo á los enfermos... saldria del apuro.

GINÉS.
Mira que se quiere escapar.

LÚCAS.
Señor don Bartolo, ¿qué hacemos?

BARTOLO, aparte.
Aquel libro de vocabulorum, que llevaba el chico al aula. ¡Aquel sí que era bueno!

GINÉS.
Vaya, basta de meditacion.

LÚCAS.
¿Será cosa de que otra vez... *(En ademán de volverle á dar.)*

BARTOLO.
Qué! no señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos.
(Los dos le cogen en medio, y se van con él por la izquierda del teatro.)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

DON GERONIMO, LUCAS, GINÉS, ANDREA.

D. GERÓNIMO.

¿Con que decís que es tan hábil?

LÚCAS.

Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

GINÉS.

Hace curas maravillosas.

LÚCAS.

Resucita muertos.

GINÉS.

Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

D. GERÓNIMO.

Me dejais aturdido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Vé por él, Ginés.

LÚCAS.

Vistiéndose quedaba. Toma la llave, y no te apartes de él.

(Le da una llave á Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.)

D. GERÓNIMO.

Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

D. GERONIMO, ANDREA, LUCAS.

ANDREA.

¡Ay, señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no harémos nada.

D. GERÓNIMO.

Porque?

ANDREA.

Porque doña Paulita no ha menester médicos, sino marido, marido: eso la conviene, lo demas es andarse